

CARTA AL EDITOR

En homenaje al doctor Carlos Alfonso Mejía Pavony: Memoria y legado

Freddy Moreno-Gómez^{1,2}  | Sandra Moreno-Correa^{1,2} 

OPEN ACCESS

Afiliación Institucional

¹ Universidad Javeriana Cali, Facultad Ciencias de la Salud, Departamento de Ciencias Básicas de la Salud, Cali, Colombia.

² Universidad del Valle, Facultad de Salud, Escuela de Odontología, Cali, Colombia.

Citación:

Moreno-Gómez F, Moreno-Correa S. En homenaje al doctor Carlos Alfonso Mejía Pavony: Memoria y legado. *Rev Estomatol.* 2021 Mayo;29(1):e10929. DOI: 10.25100/re.v29i1.11254

Recibido: 02 Mayo 2021

Evaluado: 02 Mayo 2021

Aceptado: 03 Mayo 2021

Publicado: 04 Mayo 2021

Correspondencia:

Freddy Moreno-Gómez. Calle 18 No.118-250-C.P. 760031 Edificio Raúl Posada 4 piso. Cali, Valle del Cauca, Colombia. Teléfono: +57 (2) 321 82 99 Ext. 8927 Email: fmorenog@javerianacali.edu.co

Copyright:

© Universidad del Valle.



“El maestro que camina, a la prestigiosa sombra de un templo, en medio de sus discípulos, no les da de su sabiduría, sino, que les transmite de su fe y de su amor, su disfrutar en la búsqueda.

Pues si él, es verdaderamente sabio, él sabe que, no podrá hacerlos entrar en la casa de su sabiduría; él los conducirá, no obstante, hasta el umbral de tu propio espíritu”.

El Profeta (Gibran Jalil Gibran, 1923).

Señor Editor:

El jueves 29 de mayo del 2021 falleció el doctor Carlos Alfonso Mejía Pavony (completo, como le gustaba y como lo exigía en los artículos científicos que escribimos juntos), uno de los grandes maestros, uno de esos que nacen cada 100 años. Hoy, nos vemos impulsados a redactar esta nota para recordar al académico y al intelectual, y no solo por haber sido sus estudiantes en la Escuela de Odontología de la Universidad del Valle –y para el caso de Freddy Moreno haber sido su estudiante (el único que tuvo) en la Maestría en Ciencias Biomédicas de la misma universidad–, sino por haber compartido otros espacios intelectuales que nos permitieron construir, o por lo menos aproximarnos, a lo que sería una relación maestro-discípulo. Tuvimos la fortuna de entrevistarle un par de veces para la construcción y reconstrucción de la historia de la Escuela de Odontología, de compartir la familiaridad de nuestro hogar y de intercambiar algunas ideas sobre su principal pasión, la enseñanza-aprendizaje de la odontología –y de las ciencias básicas en la odontología– y sobre sus otras pasiones (la segunda guerra mundial, la evolución, la astronomía y el Deportivo Cali).

De sus primeros años de vida poco sabemos, cuando le preguntamos sobre su pasado, solo atinó a escribir:

“...Así como todos nos hemos acostumbrado a respirar aire pero nunca nos detenemos a pensar en la composición del mismo. El que estas notas escribe tiene nombre compuesto y aunque no lo crean apellidos de padre y madre... claro en estos ya casi 30 años de profesor (los cumpla el 2 de agosto del 2010),

por los corredores de la hoy Escuela de Odontología siempre retumbara el DR. MEJIA porque como siempre digo ¡NUNCA ME ENFERMO, NO LLEGO TARDE y SIEMPRE ESTOY; Pero bueno; mi nombre es Carlos Alfonso Mejía Pavony. Carlos Alfonso por ser el primogénito varón de la familia paisa, la tradición anteponeía el Carlos al nombre del patriarca, mi padre... ”.

Como odontólogo, se egresó de la Facultad de Odontología de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, en la que estudió entre 1971 y 1976, y como Magíster en Morfología lo hizo de la Escuela de Ciencias Básicas de la Universidad del Valle. Su tesis de grado de maestría fue una bellísima disertación sobre la “Ontogenia de la Articulación Temporomandibular”.

Pero ¿Cómo llegó el doctor Carlos Alfonso Mejía Pavony a la Universidad del Valle? Dejemos que él mismo nos lo cuente a partir de una primera entrevista que le hicimos para el libro conmemorativo sobre los 30 Años de la Escuela de Odontología editado por la Federación Odontológica Estudiantil de la Universidad del Valle (FOEV)¹ a la que tanto apoyó:

“...Parodiando al viejo tango, 30 años no son nada... Recavando sobre mis recuerdos, son muchos los hechos y anécdotas de las cuales he sido fiel testigo durante el transcurso de parte de la juventud y madurez de la hoy nuestra Escuela de Odontología. Mi primer recuerdo data de algún mes de 1974. Para esa época era un estudiante más de Odontología de la Javeriana.

Esa mañana como todas las mañanas bogotanas era fría y como tantas corríamos a clase de 7:00 en una buseta de servicio público que recordaba más a una tortuga que a una liebre. Llegué a mi clase de semiología con el Dr. Rodrigo Abello, uno de mis más recordados maestros; en el transcurso del tema del día se hizo referencia a una nueva facultad de Odontología con un nombre bastante peculiar, Departamento de Estomatología, que se abría en el país. En Cali se presentaba a la comunidad un proyecto educativo novedoso para cubrir las necesi-

dades del sur occidente colombiano.

Pero para un pichón de Odontólogo Javeriano con más humo en la cabeza que razones, todo lo demás era poco. (Ese dato quedó registrado en mis neuronas y como otros, durmió por más de 3 años sin sospechar que esa nueva opción académica iba a convertirse en la razón de mi vida).

Luego de graduarme y recibirme como odontólogo y terminado el rural en el Municipio de Toro (Valle del Cauca), me presenté en Febrero de 1978 al Departamento y me entrevisté con el Dr. Carlos Tasamá, quien me ofreció la oportunidad de trabajar allí, lo pensé y... le contesté que no, que prefería estudiar para ser profesor; por tal razón me dio a escoger entre fisiología, farmacología y anatomía... recapacité y, por mi natural inclinación a la cirugía, me incliné por la anatomía pues vi en ello una muy buena posibilidad de ser, al final, Cirujano Maxilofacial, lo que jamás pude hacer gracias a Dios. Gracias a Dios porque en el camino decidí, libremente, ser profesor y dedicar el resto de mi vida a mis estudiantes, decisión de la cual jamás me he arrepentido.

Acto seguido me presenté al Departamento de Morfología donde el Dr. Jorge Cruz, Jefe en ese entonces; me pidió como condición antes de hacer el postgrado en Morfología aprobar neuroanatomía con nota superior a 3,80; como lo podrán suponer, obtuve un poco más de ese tope.

Al siguiente semestre ingresé al programa de magíster en Morfología, en Julio de 1978. Para la fecha los ahorros del rural comenzaron a escasear y crítica se colocó la vida de estudiante. El postgrado para aquél momento exigía dedicación exclusiva.

Como caído del cielo apareció en mi historia el Dr. Jorge Eduardo Sánchez; por alguna razón se dio cuenta de mi penosa situación y me invitó a conversar con el Dr. Gerardo Umaña, profesor y Jefe de los Programas de Auxiliares de Odontología del Departamento de Estomatología. Jorge Eduardo le comentó mi caso y sin saberlo pero por pena o lástima me dio una beca de

sostenimiento por algo mayor a los \$ 3.000 (con la autorización del Jefe de Departamento en ese entonces, el Dr. Tasamá), la tercera parte de lo que ganaba en el 77 como Odontólogo rural, pero, ya tenía para sobrevivir y eso era suficiente. Reconozco hoy por hoy y siempre estaré agradecido que sin la ayuda del Dr. Umaña no hubiera podido seguir adelante.”

Al finalizar mis estudios de maestría en Morfología ingresé de inmediato al Departamento a trabajar como profesor de tiempo completo, agosto 02 de 1980, con un salario de 37.000 pesos mensuales ¡Que días aquellos! Con mi nueva perspectiva inicié actividades en el Departamento de Estomatología; tenía oficina y nuevos compañeros de trabajo. Pero vaya sorpresa, entre los profesores me encontré con varios de mis amigos y compañeros de carrera de la Javeriana como el Dr. Gustavo Sinisterra, el Dr. Jorge Soto, el Dr. Pedro Sarmiento.

Otros Javerianos nos han acompañado y les debemos un reconocimiento, agradecimiento y nuestra gratitud porque, de alguna manera, nos han colaborado y ayudado para sacar adelante este proyecto educativo, lo mismo que a otros profesionales de otras facultades del país de gran valor y conocimientos que engalanaron con su presencia tanto al viejo Departamento como en la actualidad a la novel Escuela, la Escuela de todos: Propios y extraños. Para la fecha ya no sé realmente qué significa ser Javeriano. Han sido tantos los años en la Escuela, que me considero y consideran un bien inmueble de la misma. Si me lo preguntan... es tratar de ser honesto con mis alumnos, es dar más de lo que a mí me enseñaron, sin esperar nada. Es verlos como yo me veía como estudiante, con dudas, temores y grandes esperanzas y lo más triste, invisible para mis profesores, tratar de personalizar la dignidad para todos y cada uno de mis alumnos a la vez que me esfuerzo por acompañarlos a crecer como personas y profesionales de bien...”.

Podríamos decir que todos los egresados de la Escuela de Odontología de la Universidad del Valle, desde la primera promoción, tuvieron la fortuna de participar en sus cátedras, bien fueran de cirugía oral, bien de anatomía, bien de histología fundamental y de sistemas bien de histoembriolo-

gía dental o bien de prótesis total. Tanto en las básicas como en las clínicas, impulsó la ciencia odontológica de manera integral e integradora. Diapositivas de carrusel impecables y (cuando llegó el vídeo beam por allá en el 2000) presentaciones Power Point envidiables. Siempre estuvo a la vanguardia de los adelantos tecnológicos en educación, todo ello a disposición de los estudiantes, al igual que los libros de su biblioteca, mucho más completa en cuanto a odontología se trataba que la biblioteca de la Universidad del Valle Sede San Fernando. Inclusive, otra de sus grandes ideas, en compañía de otros profesores odontólogos, fue abrir un consultorio compartido, el cual se convirtió en punto de referencia para los recién egresados, quienes los convirtieron en una plataforma para dar inicio a su vida profesional.

Todos estos aspectos de su vida nos los refirió el doctor Carlos Alfonso Mejía Pavony:

“...En estas tres décadas he conocido muchos, en su mayoría, buenos seres humanos que con sus anhelos, ideales y sobre todo con el interés de triunfar para forjarse un buen futuro, me han permitido, en algo, dejar un poco de mi mismo en ellos con la esperanza de que sean mejores personas, mejores Colombianos y mejores Odontólogos de lo que puede haber sido. Mi recompensa, al cabo de los años, es ver a la mayoría de ustedes; triunfando, desempeñando cargos de renombre y sobre todo descollando en lo académico y clínico nacional e internacionalmente. Durante estos 30 años, he sido testigo de excepción del proceso histórico de la Escuela. Desde la época del Departamento de Estomatología como filosofía y desarrollo social hasta la Escuela de Odontología como fuente de desarrollo integral, para dar respuesta a las necesidades del medio Vallecaucano y del Suroccidente colombiano. Nos falta, creo que mucho, para lo segundo y, además, debemos rescatar lo primero como propuestas para las nuevas generaciones de Odontólogos. Los recuerdos son muchos. La mayoría, buenos y agradables, como recuerdos siempre estarán ligados a situaciones del que hacer del aprendizaje y por lo tanto personales, las cuales deben ser respetadas y mantenidas en secreto para proteger a él o la artista del hecho. Cada uno de ustedes sabe a qué me refiero.

Para que quede en la historia de este escrito, les comento que con alguno de ustedes lavamos la clínica de cirugía con manguera, un semestre y el otro la pintábamos con más cariño que arte. Mi biblioteca personal, como mis cosas, ha sido por años la biblioteca de muchos de ustedes. De alguna forma he tratado de colaborar con sus necesidades y negligencias. Sea el momento de rogarles que si todavía tengan algunas de mis pertenencias que, por favor, me las devuelvan. Alguien las puede necesitar...”.

Los que tuvimos una relación un poco más cercana con él supimos de sus otras grandes pasiones, dentro de ellas la astronomía. Formaba parte del grupo de aficionados a la astronomía más antiguo de Cali, Antares, fundado en 1983. Cada quince días, los martes, dicho grupo se reunía en el Museo Arqueológico la Merced para compartir conferencias a la sociedad caleña. Cómo pasar por alto las conferencias dictadas por el doctor sobre la luna, sobre mercurio, sobre el sol, sobre las lluvias meteóricas y la última, sobre marte, dictada el 11 de febrero de 2020, antes de empezar la pandemia COVID-19.

Y es que sus intereses trascendían la odontología y lo llevaban a preocuparse por cosas inocuas para algunos e inútiles para otros, lo que lo llevaba a confrontar sus opiniones desde una posición, si se quiere terca y testaruda, a causa de su infinito sentido de pertenencia. En una segunda entrevista que le hicimos para la publicación en digital de los 40 Años de la Escuela de Odontología con motivo de la celebración del Bicentenario de la Independencia de Colombia y el Centenario de la Creación del Departamento del Valle del Cauca,² el doctor Carlos Alfonso Mejía Pavony refirió:

“...Sí quiero, para que quede constancia histórica, hacer referencia a dos circunstancias. Durante todos los años vividos en la Escuela fue mi terca intención el poder inculcar en todos ustedes el sentido de pertenencia. En algún momento se me ocurrió tener como propio algo que en cualquier parte del mundo nos identificara como grupo humano, de colegas o incluso miembros de una colectividad. Diseñé el Escudo de la Escuela. Al principio no caló muy bien porque la Universidad no avalaba esas cosas. No se acostumbraba ese tipo de... bueno dejémoslo así.

Pero seguimos adelante, gracias al apoyo del Dr. Hernández, y de la manera más democrática posible (votación en un claustro), presenté varios diseños realizados en Corel Draw, apoyado por mi hermana Liliana, que es diseñadora gráfica, y hasta el día de hoy creo que se ha cumplido con el cometido. Pero se podía hacer algo más. La revista de la Escuela, excelente idea del Dr. Gerardo Umaña, tenía un pequeño problema, las caratulas eran un dolor de cabeza, el editor tenía que crear una obra pictórica alusiva a la publicación en cada edición. Sólo a partir del 2001 se volvieron institucionales. Por esas calendas era el editor de la publicación científica institucional el Dr. Diego Vallejo y se me ocurrió hermanar nuestra revista con la de la Universidad de Antioquia, que es blanca con verde como sus colores institucionales, le vendí la idea a Diego y por arte de magia nuestra publicación es blanca y roja como nuestros colores institucionales. Adicionalmente incluimos el índice e información referente en la carátula...”.

Sin embargo, sin ninguna explicación pero con la segura intención de hacer un diseño gráfico más moderno, la carátula de la Revista Estomatología cambió (inclusive las del pasado) y dicho escudo desapareció también. Eso ocurre cuando se desconoce la historia, corriendo el riesgo de afectar tres aspectos historiográficos fundamentales: la identidad, el encuentro con lo irreplicable y la ruptura entre la memoria individual y colectiva. No se puede dejar de lado el hecho que la memoria histórica forma la identidad al unir el pasado con el presente y crea sentido al unir las experiencias con las expectativas. La memoria colectiva, fundada en la(s) memoria(s) individual(es), delimita el campo de la propia vida de la Escuela de Odontología en tanto memoria histórica, función cultural y conciencia histórica.

Hoy el doctor Carlos Alfonso Mejía Pavony no está más con nosotros, y entre todos los integrantes de la familia de la Escuela de Odontología, profesores, colaboradores, estudiantes y egresados, no nos caben las ideas para mantener siempre presente la memoria del maestro: Nombre de salones, nombre de asignaturas, placas y epígrafes en libros y artículos. Pero no nos preocupemos, el maestro sabía en todo momento lo que hacía, y en el

Moreno-Gómez & Moreno-Correa

2010 (para los 40 años de la Escuela de Odontología)² nos lo dejo por escrito ¡Se sentía orgulloso de sus estudiantes y de sus discípulos!:

“...En estas tres décadas he conocido muchos, en su mayoría, buenos seres humanos que con sus anhelos, ideales y sobre todo con el interés de triunfar para forjarse un buen futuro, me han permitido, en algo, dejar un poco de mí mismo en ellos con la esperanza de que sean mejores personas, mejores colombianos y mejores Odontólogos de lo que pude haber sido. Mi recompensa, al cabo de los años, es ver a la mayoría de ustedes triunfando, desempeñando cargos de renombre y sobre todo descollando en lo académico y clínico nacional e internacionalmente. Durante estos años, he sido testigo de excepción del proceso histórico de la Escuela. Desde la época del Departamento de Estomatología, como filosofía y desarrollo social, hasta la Escuela de Odontología, como fuente de desarrollo integral, para dar respuesta a las necesidades del medio vallecaucano y el suroccidente colombiano. Nos falta, creo que mucho, para lo segundo y, además, debemos rescatar lo primero como propuestas para las nuevas generaciones de Odontólogos...”

Es por ello que nos decidimos a escribir esta nota, para recordar sus aportes y sostenerlos en el tiempo: El escudo de la Escuela de Odontología diseñado por el doctor debe ocupar de nuevo su sitio en la carátula de la Revista Estomatología, al igual que las carátulas de los viejos números deben ser reestablecidas. Todas las acciones que hacen parte del legado de los maestros del pasado deben ser tributadas por sus estudiantes y discípulos en el presente.

La comunidad imaginada de la Escuela de Odontología no puede borrar de la memoria a los maestros pioneros y sus acciones. Fallecidos o aún vivos, distantes o aún presentes, sus acciones deben perdurar, no como obstáculos y obsolescencias sino como el punto de partida... como el día en el que todo empezó. Allí están los Barreto, los Umaña, los Ulloa, los Tasamá, las Restrepo, las Celis y los Mejía, entre otros tantos y tantas que a partir de sus estrategias materiales y de apropiación del conocimiento humanístico, técnico, académico y científico, orientaron su mentalidad,

su ideario y su actitud hacia una noción de odontología de excelencia basada en el interés por la comunidad.

Para finalizar, traemos las últimas palabras de la segunda entrevista al doctor Carlos Alfonso Mejía Pavony, en donde pareciera que, 10 años atrás, el maestro planeara su futuro con exactitud:

“...Finalmente, porque todo inicio debe llegar a su término, veo la luz al final del camino. Se acerca, en unos años, el momento de mi retiro. Solo espero tener el tiempo para terminar de preparar mis reemplazos para que mis asignaturas, no por lo importantes sino por lo que representan por la lucha que hemos dado para sostenerlas, sirvan para ayudar a mantener el nombre de la Escuela en alto como ustedes han hecho cuando ha sido necesario. A todos y cada uno de ustedes los llevaré en mi corazón, los recordaré con cariño y afecto, pero en especial siempre podrán contar conmigo...”

Por ahora, no es más. Los que escribimos esta nota y muchos de los que la leerán, nos encargaremos de mantener vigente su legado ¿Cómo? Transmitiendo el conocimiento recibido y trascendiéndolo con igual o más entusiasmo y dedicación, más allá de las ciencias odontológicas, por que, si algo nos enseñó, no en el salón de clase ni en el laboratorio sino en su oficina del tercer piso (en medio de libros, papeles y con las noticias de fondo) es que la odontología no es el final del camino, es el camino mismo.

REFERENCIAS

1. Moreno F, Moreno S, Martínez C, Ramírez F. Escuela de Odontología. 30 años. Federación Odontológica Estudiantil Universidad del Valle: Cali; 2000.
2. Sinisterra G, Barreto JF, Moreno F. Historia, evolución y desarrollo de la Escuela de Odontología de la Universidad del Valle. Santiago de Cali: Programa Editorial de la Universidad del Valle, 2010.